

Parte II

ANALISIS Y PROPUESTAS ALTERNATIVAS EN LOS PROCESOS DE REGIONALIZACION ECONOMICA



Alain Lipietz

Mi proyecto es aquél más o menos de la nueva izquierda europea, los llamados alternativos, y que en muchos países se expresan en los partidos verdes.

Contrariamente al modelo fordista donde se arrasaba la naturaleza y se olvidaba al Tercer Mundo, un modelo que implicaba al mismo tiempo taylorismo y crecimiento del poder de compra, el proyecto de los alternativos y los verdes está basado sobre tres valores fundamentales. Primero, la solidaridad entre las generaciones de las personas vivas, pero también y de una manera más amplia -y esto es una novedad respecto de la vieja tradición socialdemócrata o comunista- la solidaridad con los otros pueblos y con las especies vivas y sobre todo con las otras generaciones humanas que vendrán después.

El segundo gran valor es la responsabilidad. Comparada con esa cultura opositora que fue durante mucho tiempo la de la extrema izquierda, una cultura de la reivindicación estrecha, como si hubiera un gran exterior -la naturaleza o el gran capital- donde se podía succionar, la responsabilidad del proyecto alternativo frente a los otros y las futuras generaciones estará en la base del proyecto de transformación social. Pero -y aquí encontramos el tercer valor fundamental para las nuevas fuerzas progresistas-, la responsabilidad exige la autonomía, ser capaz de disfrutar sus propios actos,

tener un cierto dominio sobre el propio proceso de trabajo y sobre la utilidad social de sus producciones, etc.

Todo esto es hermoso, pero ¿qué quiere decir? Concretamente, significa tomar la iniciativa en la lucha contra el neotaylorismo. Esto supone renunciar a las concepciones socialdemócratas y del comunismo estalinista, que consideraban la creación y gestión de empleos como un asunto patronal y estatal, y que el trabajo de los sindicatos sólo consistía en reivindicar una parte del producto.

En cambio, se trata de reivindicar la necesidad de que los sindicatos se impliquen en la lucha por la productividad y la calidad del producto.

Sin duda, esto no puede hacerse sin tener una contraparte. Una primera es la lucha contra la flexibilidad, donde los trabajadores puedan exigir una suerte de garantía del empleo por toda la vida, lo que no equivale a pensar que el empleo sea siempre en la misma empresa, pero sí que a un trabajador desocupado se le pueda seguir pagando mientras permanece en un curso de capacitación; o sea, situarlo en posición de discutir en función de las nuevas calificaciones que la sociedad espera de él, cuál puede ser su programa de recalificación y aún discutir con los otros trabajadores y con las instancias locales cuál será su próximo empleo. Esta garantía dinámica del empleo se opone, por ejemplo, a una cierta concepción

tradicional de los sindicatos franceses de proteger el empleo mediante la defensa del producto, aunque éste sea en ocasiones peligroso o inmoral para la sociedad.

La segunda contraparte que los trabajadores pueden exigir es una porción en las ganancias de productividad obtenidas mediante su implicación. Aquí hay una gran diferencia con el fordismo pero también con las justas reivindicaciones de los trabajadores del Tercer Mundo. La reivindicación en Europa ya no puede seguir siendo el crecimiento del poder de compra, sino el incremento del tiempo libre. Y hay numerosas razones que lo justifican. En primer lugar, la reducción del tiempo de trabajo es el arma más poderosa para reducir el desempleo; es, pues, una reivindicación conforme al principio de solidaridad. Pero también está la responsabilidad, en particular la responsabilidad ecológica con las generaciones futuras. Es completamente irresponsable aumentar el nivel de consumo material en países que ya absorben la mitad de la energía mundial, que contribuyen en un 70% a producir el efecto invernadero. Por otro lado, hoy, objetivamente, no se sufre una ansiedad por tener, sino más bien una falta de ser, la cual incluso adquiere la forma de incapacidad para utilizar lo que ya tenemos. De aquéllos que tienen un empleo se dice que ganándose la vida la están perdiendo. Se llega a tener justo el tiempo para comprar algo y llegar a la casa, pero no el tiempo para

utilizarlo. Luego, un aumento del tiempo libre para el nuevo militantismo, la amistad y el amor aparece hoy en Europa como la base de la medida de lo que puede ser el progreso, o sea, la cuantía de ese tiempo libre puede ser la medida del progreso.

La tercera contraparte que pueden exigir los trabajadores es la extensión de la solidaridad, mantener el Estado-Providencia pero además transformar su actual concepción: un Estado extremadamente burocrático y mercantil, una instancia burocrática que recoge las cotizaciones y que da dinero a las personas para que puedan seguir gastando incluso cuando están enfermos; es decir, los enfermos y cesantes, las mujeres encintas y los ancianos son excluidos de la sociedad sin dejar de ser consumidores. Eso puede superarse e ir hacia el financiamiento de actividades sociales, culturales o de educación a personas de la tercera edad, con el dinero del Estado-Providencia.

¿Permite todo esto la Comunidad Europea en su forma actual? Absolutamente, no. Hoy la CE está llegando a ser cada vez más un mercado común de mercancías y de capitales sin un simultáneo progreso en la armonización social, fiscal y ecológica. Asistimos, entonces, al desarrollo de lo que llamamos el "dumping" social: una competencia entre las regiones a fuerza de bajos salarios y no respeto de las normas ecológicas. Los países que eligieron la vía de

la flexibilización tratan de mantenerse competitivos respecto de aquéllos que optaron por la implicación negociada, bajando aún más los salarios, flexibilizando el trabajo y suprimiendo las restricciones ecológicas. Francia está pasando a ser el basurero de Alemania: todos los productos químicos peligrosos son depositados en su suelo. Es muy evidente que Alemania -como el país más avanzado- enfrenta un dilema con exceso de opciones: puede, por ejemplo, estimular a los países del Sur a alcanzar su propio nivel de progreso social y de normalización ecológica. Esta puede ser una vía de izquierda para Alemania.

Los trabajadores de los países "flexibles" tienen interés en que progrese la unificación europea, tal como a los trabajadores mexicanos los atrae la unificación con EE.UU., si eso no significa una disminución del salario en Estados Unidos. Es el caso de los ingleses, por ejemplo: el Partido Laborista estaba en contra de la unificación europea, pero eso era antes del gobierno Thatcher. Tras diez años de ese gobierno, la legislación social en Gran Bretaña cayó tan bajo, hubo tanta flexibilización, que para los trabajadores ingleses Alemania aparece ahora como el paraíso. Hoy el Partido Laborista está por la unificación europea y favorece la construcción de lo que se llama "el espacio social europeo": la unificación de normas sociales -salario mínimo, duración máxima de la jornada laboral, etcétera- en ese conti-

nente. Los trabajadores alemanes están, evidentemente, a favor de esa unificación porque disminuye la competencia que les hacen los trabajadores con bajos salarios. Así, mientras los patronos ingleses quieren la flexibilización y rechazan la unificación, los alemanes pueden decir: "Vale mucho más una fuerte legislación social que imponga restricciones a los patronos ingleses, porque tendremos menos competencia nosotros". Esto permite comprender que en recientes conferencias de la CE el gobierno inglés estuviera contra la unificación social europea.

Ahora bien, los patronos y el gobierno alemán tienen nuevamente la opción: o bien se efectúa esa legislación común a nivel europeo, o juegan la carta de una profunda división del trabajo a través de Europa. De momento, en las regiones bien integradas del territorio alemán no se conservan sino aquellas actividades que requieren la mayor cooperación de los asalariados, enviándose a las zonas periféricas de Europa todo el trabajo barato, rutinario. Hasta 1989 la posición alemana más bien se dirigía a una unificación continental social y ecológica, primero, porque los sindicatos alemanes son muy poderosos y empujaban esa unificación social de Europa; luego, porque también el movimiento ecológico alemán es muy poderoso en Alemania y también impulsaba la unificación de normas ecológicas. Lamentablemente, la reunificación alemana y la irrupción de toda la Europa del Este

hacen hoy muy difícil desarrollar este proyecto. En cambio, el riesgo de un "club de ricos" que practicaría el libre intercambio con alguna zona periférica europea en la que estarían Polonia, Checoslovaquia, un pedazo de Yugoslavia, también regiones flexibles de Europa occidental como Irlanda, España y Gran Bretaña parece más fácil de manejar.

Desde hace algún tiempo el viento sopla hacia la derecha en Europa. Es demasiado tentador utilizar a Europa del Este como una zona de maquiladoras. En este sentido, no hay mucho interés en promover la homogeneización social del continente, sino, por el contrario, en jugar la carta de su polarización.

Lo mismo ocurre respecto del Tercer Mundo, que ahora comienza en las puertas europeas, pues la Europa del Este también es parte de aquél. Polonia, al final del socialismo, estaba con 2.000 dólares anuales por habitante, es decir, el nivel de Brasil, pero se derrumbó mucho más rápido que éste o la Argentina en los años 80. La situación es también válida para la ex Unión Soviética: hoy es preciso imaginársela más parecida a Bolivia o Perú que a Argentina o Brasil. No porque lance cohetes o tenga fuegos artificiales un país es desarrollado. El problema de una hambruna masiva está seriamente planteado en la actual Comunidad de Estados Independientes. Al lado Sur de Europa está el Maghreb, donde la mezcla de explosión demo-

gráfica, subdesarrollo industrial y crisis ecológica es realmente terrible y explosiva: tenemos el desierto que avanza producto del efecto invernadero, la deforestación en Sahel y Sudán, la industrialización salvaje que suprime lo que queda de agua. Egipto es como una enorme ciudad vinculada al Nilo a través de una represa que se está vaciando: cuando Assuán se vacíe, no sé cómo beberá ese país.

Europa, pues, tiene la tentación de protegerse detrás de una barricada de la "invasión bárbara" que podría venir del Este o del Sur. ¿Cómo podríamos, entonces, llevar adelante las propuestas hechas por los Verdes y por los alternativos? Organizando un sistema jerarquizado en el sentido de que no se trata de practicar un libre intercambio salvaje entre el centro y la periferia, o de la periferia con su periferia. Es necesario autorizar a los países periféricos a ser proteccionistas en relación al centro, exactamente lo contrario de lo que el centro hace hoy con la Europa del Este y más bien conforme a la relación existente con España y Portugal. Durante diez años la CE permitió que ambos fueran proteccionistas y no librecambistas en relación a Europa. Es necesario hacer algo parecido con los otros países para ayudarles a construir su propia base económica. Y, al mismo tiempo, organizar una transferencia masiva de capitales y tecnología que les permita remontar sus niveles tecnológicos hasta cuando estén en condiciones de practi-

car el libre intercambio con la CE. El ideal sería lograr en el mismo lugar su desarrollo, de acuerdo al derecho de trabajar y vivir en su propio país.

Es evidente que no llegaremos a eso. Aunque nos pusiéramos a apoyar de manera extraordinariamente correcta a los países del borde oriental y del sur, esta ayuda no tendrá efecto sino al cabo de una decena de años; por lo tanto, debemos aceptar un cierto flujo de inmigración en lo inmediato, lo que plantea enormes problemas de integración cultural. De una cierta manera, los partidos verdes europeos tratan de luchar no por una plena apertura a la inmigración, porque eso sería demagógico- al menos porque se acepte un cierto flujo de inmigración, incluso económico, pero dándoles todos los derechos sociales y democráticos a los inmigrantes de tal manera de acelerar su integración a la sociedad a la cual llegan. Pero la inmigración no soluciona el problema fundamental de la periferia europea. En cierta manera nosotros estamos contra la inmigración pero a favor de los inmigrantes, porque estar contra la inmigración significa apoyar el desarrollo en el terreno mismo de los países del Tercer Mundo.

Leonel Corona (México)

Dos son los elementos principales que deberían ser tomados en cuenta para pensar y generar alternativas. Uno es la

incertidumbre y el otro es la participación.

Veamos primero la incertidumbre. Ella implica muchos aspectos que se podrían sintetizar en la capacidad social para su manejo, una capacidad social creciente para enfrentar situaciones nuevas. Daré un ejemplo de un contra ejemplo de esto: en una anterior intervención en este seminario, un dirigente sindical brasileño hizo esta propuesta alternativa. Dijo: "lo que debemos hacer los sindicatos, los trabajadores, es saber que frente a los procesos de regionalización de las economías, tendremos cambios e impactos negativos debido a la quiebra de nuestra capacidad productiva. Por ello, dichos cambios vamos a hacerlos despacio, de tal manera que sólo en el tiempo que media entre nosotros y nuestros hijos se puedan hacer". Parecía lógica esta propuesta. Pero si partimos de la incertidumbre, lo primero es preguntarnos sobre qué base se hace esa extrapolación: se efectúa considerando que las actuales condiciones tecnológicas son las que prevalecerán en la otra generación. Y nada más falso que suponer condiciones tecnológicas y productivas similares a las actuales. Realmente no sabemos a qué tipo de problemas se enfrentará la generación siguiente, por lo que no es posible plantearse este tipo de transiciones. Hay, entonces, un problema de incertidumbre.

El sector educativo está en el centro de

esos cambios y, sin embargo, es el que menos conciencia tiene de los cambios a los que está enfrentado, y que no enfrenta. Esto pasa con los sistemas educativos de nuestros países y de los países centrales. Hay una gran inercia respecto de cómo enfrentar el problema de la incertidumbre, y tomar decisiones ante ella. Por ejemplo, en América del Norte hay múltiples condiciones de entrada al Tratado de libre comercio, aunque la parte más importante son las ventajas dinámicas que se adquirirán con este proceso, y ahí las apuestas pueden ser diversas: casi se puede predecir que habrá un aumento de salarios en el país. La media industrial mexicana de 1.9 dólares por hora subirá, pero no se puede saber hasta dónde las condiciones generales de la región pueden transferirse de uno a otro lado. Desde luego, el que haya incertidumbre no significa que estemos parados ante esa imposibilidad, sino hacer proposiciones respecto de qué hacer, pero sabiendo que no conocemos bien el camino y que tampoco lo conocen del otro lado.

En este sentido, las propuestas de Alain Lipietz muestran claramente la imposibilidad de una hegemonía mundial. Hasta hoy existe una historia donde los países industrializados tienen la hegemonía mundial -se la han pasado de un centro a otro aunque a fin de cuentas todos están en ella. Parece difícil que esas sociedades acepten la no hegemonía. Porque ¿quién divide al mundo en primero, segundo, tercero y cuarto? Son

los países centrales. ¿Y por qué no se pusieron ellos al último? Podrían haber dicho que el cuarto es el más desarrollado. Se ponen en primer lugar. O sea, el centro del desarrollo mundial está en el país y en el grupo social que domina.

No obstante, la perspectiva del futuro no incluye un solo grupo dominante. Cuando EE.UU. se coloca -y es todavía- como el país dominante, nos dice: "Europa está en decadencia". Pero Alain Lipietz nos muestra una Europa con una diversidad de hegemonías y de contradicciones. El elemento futuro es la no hegemonía en el mundo, y debemos irnos acostumbrando a ello. Las condiciones del futuro exigen cada vez más convivir en una diversidad cultural, lo que supone no sólo reconocer sino convivir con esas diferencias culturales, y también una mayor diversidad. Me parece que los movimientos más importantes en el mundo caminan en ese sentido.

Nuestros países y organizaciones políticas parecen encontrarse ante una situación nueva, si bien la revolución científico-técnica se conocía desde los años 50-60 y en los medios científicos se hablaba de que ella impactaría no sólo a los países industrializados sino a todo el mundo. Lo que está haciendo falta es conciencia de la necesidad de una anticipación social a los procesos. De alguna manera lo que hace PRIESCONO SUR es un trabajo importante en un campo donde se requiere anticipar las alternativas o los posibles caminos

que puede tomar, en este caso, el Mercosur. Lo importante es la anticipación como una actividad cada vez más desarrollada. No es éste un problema de prognosis o de previsión, es mucho más amplio: es un ejercicio sobre lo que debemos hacer hoy en la medida de la incertidumbre del mañana.

Respecto de la participación, lo que debemos plantear es cómo irá cambiando lo que encierra este concepto. Ahora hablamos de espacios nacionales, pero una de las cosas mencionadas con mayor insistencia en este seminario es la participación cada vez más importante a nivel internacional. Y en esto derivo nuevamente el corolario hacia los sindicatos, uno de los actores con mayores necesidades de internacionalización. Primero, porque pueden anticipar muchos de los cambios ya ocurridos en los países industrializados. Y segundo, porque pueden unificar fuerzas; en el caso del Norte de América se trata de las posibilidades de un nuevo poder surgido de la interrelación que ya se está dando entre los sindicatos estadounidenses, canadienses y mexicanos.

Surgen nuevas condiciones de poder y de cambio que no están manejadas por los Estados neoliberales. Resultarán alternativas variables imponderables según cómo continúe el proceso de integración, y debemos tener conciencia de aquéllas para impulsarlas. No es lo mismo que esos factores de poder y cambio sucedan de manera espontánea a tener,

por ejemplo, previamente noción de la importancia de una relación internacional. En la hipótesis de la integración americana, las relaciones sindicales internacionales deberían adquirir una prioridad mayor que la actual.

Otro elemento para comprender el problema es el que llamo "los fetiches del neoliberalismo". Uno muy importante es el relacionado con el conocimiento. El neoliberalismo nos pide a través de los organismos internacionales y de la ideología hoy dominante que las fronteras deben ser abiertas porque es así como en el mundo se están y se continuarán resolviendo los problemas. El problema es que los países dominantes están protegiendo sus áreas del conocimiento, lo negocian y lo protegen. Los grandes proyectos entre Japón y EE.UU. en energía solar o generación de las quintas y sextas generaciones de informática se plantean bajo ciertas reglas de cómo se aprovecharán los conocimientos generados a partir de la cooperación contradictoria entre ambas potencias y también con Europa.

El Estado tiene en esta área una gran participación, solamente él puede relacionar o crear un marco para las vinculaciones entre las grandes empresas, las que también realizan sus propios convenios.

En este sentido, vale la pena retomar la propuesta de las reservas tecnológicas. La política brasileña en informática es el

mejor ejemplo de ello y también de cómo esta reserva tecnológica enfrentó una permanente guerra mundial precisamente porque mostraba un camino, afectando así el poder central en ese campo. El balance sobre la informática en Brasil debe primero considerar que se hizo en las condiciones internacionales más desfavorables, y luego sus impactos internos que tuvo y que está teniendo, la capacidad interna que ha desarrollado.

Este aspecto de las reservas tecnológicas es algo que no compete solamente a los países dominantes: el conocimiento tiene una gran amplitud en su aplicación, muchos huecos, nichos, en los que todos los países en distintas condiciones pueden participar. Una última proposición se relaciona con el hecho de que los tratados internacionales de comercio e integración generan en ocasiones situaciones favorables en otro sentido. Mencionaré precisamente el caso de los derechos humanos y de la ecología. Hay una lucha para vincular, por ejemplo, los derechos humanos a las condiciones de vida. De ganar esa posición, se tiene la posibilidad de luchar por mejores condiciones de vida para los trabajadores mexicanos. Sin duda los derechos humanos y la ecología son un objetivo social mundial. Ambos tienen sus causas económicas, pero independientemente de ellas, las empresas canadienses y estadounidenses se inquietarían con un país que tiene costos menores en ecología, pues estaría en

condiciones de competitividad mucho mayor.

Nelson Soza (Chile)

El análisis de Lipietz desarrolla la siguiente tesis: hay que producir lo mismo y consumir menos para llegar al pleno empleo. Contra el derroche consumista, un mejor aprovechamiento. Pero si se estabiliza el consumo de los países industrializados, ¿quién absorbe la mayor producción del Tercer Mundo? En segundo lugar, interesa saber cómo se hace esa fase de apoyo, de transferencia tecnológica que él menciona como fase indispensable para nivelar las condiciones de competitividad del Tercer Mundo con el centro desarrollado.

En tercer lugar, Lipietz reivindica la filosofía del ser más que el tener. Eso de alguna forma es esencialmente contradictorio con la mentalidad de acumulación del modelo capitalista, y no queda muy claro cómo se resuelve esa contradicción.

Por último, Lipietz hace en su análisis un corte que cruza al Norte y al Sur, y afirma que una serie de países de uno y otro lado están incursionando en el esquema de implicación voluntaria. Sin embargo, también remarca mucho el enfoque Norte-Sur y Este-Oeste, donde al menos en el caso de Europa se da también una relación centro-periferia, al incluir a los países de la Europa oriental en la

categoría de nuevas maquiladoras. No queda claro, entonces, cómo se compatibilizan ambas visiones.

Claudio Lozano (Argentina)

Quiero plantear dos cuestiones. Una tiene más que ver con la exposición de Corona en el caso del Merco-Norte y fundamentalmente con la situación de México. Interesa su visión respecto de cómo se resuelve la siguiente contradicción: su economía está fuertemente articulada hacia el interés o espacio estadounidense, pero su cultura tiene fuertes raíces latinoamericanas, al tiempo que aspectos de confrontación con los EE.UU. ¿Cómo se conjuga todo esto para que tenga algún sentido el planteamiento de Corona de que la cultura latina se haga presente en el mercado integrado norteamericano, sin que ello suponga un nivel de sojuzgamiento mayor para el pueblo mexicano?

La segunda cuestión que se mencionó -y quisiera una precisión tanto de Lipietz como de Corona, porque al parecer tienen diagnósticos distintos- es respecto del tema de la imposibilidad de la hegemonía mundial. Lo que logro entender del panorama planteado es más bien la presencia de una nueva forma de disputa por la hegemonía mundial entre bloques económicos, con una fuerte estratificación y polarización al interior de ellos mismos, donde sí hay hegemonías.

Alain Lipietz

Quisiera decir algo sobre la cuestión de la hegemonía mundial. Lo primero que hay que considerar es que la historia reciente no da cuenta de la forma normal de funcionamiento del capitalismo. La época de las hegemonías inglesa y estadounidense son excepciones en la historia del capitalismo. Pero veamos las fases anteriores de hegemonía económica: antes de Londres fue Amsterdam; antes de Amsterdam, Venecia; antes de ésta, Génova; antes suyo, Brujas, etcétera. Es decir, antes de la hegemonía inglesa no había identidad entre el centro de la economía mundial y el estado militarmente más poderoso. Si miramos aún más lejos en nuestro pasado veremos épocas en las que no hubo ninguna hegemonía, ni comercial ni económica ni militar.

No creo que sea un escándalo lógico pensar que se puede volver a esa situación: varias economías del mundo que se interpenetran parcialmente y Estados que pueden ser muy poderosos sin ser económicamente dominantes. Esto abre una situación extremadamente compleja que hay que hacer comprensible.

Respondo ahora la primera consulta acerca de los problemas de coherencia macroeconómica y de compatibilidad con el capitalismo.

Comencemos con la cuestión de la co-

herencia macroeconómica. Lo que propongo -y no soy el único- es que de la misma manera como el aumento de la productividad en el fordismo tuvo su principal salida en el aumento del poder de compra, asimismo, en el futuro, aquélla podría pasar por el aumento del tiempo libre. Es decir, no se trata de producir menos sino que lo mismo en menos tiempo. Con lo que la productividad aumenta. Y en vez de decir que cuando la productividad aumenta un 3% también elevaremos en 3% el poder de compra, más bien se debería decir: Hay que disminuir un 3% el tiempo de trabajo.

¿Significa que ello será conforme a la lógica macroeconómica y sobre todo a la cuestión de la expansión del Tercer Mundo? La verdad es que lo que es incoherente es la situación actual, es decir, la coexistencia de un mercantilismo industrial del Norte que se niega a aceptar las importaciones que vienen del Sur y, al mismo tiempo, la exigencia de que éste pague su deuda.

Ahí hay una incoherencia total que podría resolverse de una manera teóricamente muy simple: la abolición de la deuda del Tercer Mundo. Creo que esa es la única solución lógica. Pero se enfrenta a un problema fundamental: la abolición de la deuda del Tercer Mundo provocaría la quiebra de los bancos que le han prestado. Aunque esto ya no es un riesgo tan grande como se dice, primero, porque gran parte de las deudas ya están provisionadas como pérdi-

das y, además, porque un deudor en última instancia puede reembolsar una parte de la deuda al banco, deudor que no puede ser sino una instancia supranacional con el poder de emitir moneda, es decir, el Fondo Monetario Internacional. La solución lógica y macroeconómica estable es, entonces, la abolición de la deuda del Tercer Mundo y un reembolso parcial a los bancos privados por el FMI con derecho a un tiraje especial. Y esto todos los especialistas lo saben bien. El problema es que ello significaría que la moneda mundial pasaría a ser oficialmente el Derecho de Tiraje Especial, provocando la pérdida del poder señorial mundial del dólar.

La solución es, pues, un problema esencialmente político: ¿Se determinará, explícitamente, el fin de la hegemonía estadounidense? Su hegemonía económica se terminó, ¿pero la hacemos explícita? ¿Se pasa de un plan White-aplicado en el acuerdo de Bretton Woods- a uno de tipo Keynes, es decir, a la creación de una instancia capaz de prestar al Tercer Mundo sobre la base de anticipar su crecimiento? Eso querría decir, evidentemente, que éste pasa de nuevo y permanentemente a ser un importador neto de divisas que puede utilizar para transformarse en un importador neto de mercancías.

En vez de considerar esta solución como un escándalo, ella es una necesidad para los países del Tercer Mundo. Necesidad que puede contar con nuevas

justificaciones. Ya evoqué, por ejemplo, la crisis ecológica global: si queremos que el Tercer Mundo cuente con los medios para acceder a un nivel de vida aceptable, tiene necesidad no sólo de dinero sino también de tecnología. Si no, se corre el riesgo de que lo haga pero a costa de un desequilibrio ecológico mundial. Un ejemplo muy simple es aquél de la mujer de Tanzania que utiliza para cocinar treinta veces más de energía primaria que la mujer japonesa, y lo hace yendo a buscar leña a kilómetros de distancia. No se trata de acceder a los computadores de la sextageneración: sólo de que pueda acceder a un tipo de horno que consuma cuatro veces menos de leña sin que la mayor parte de la energía se la lleve el viento. Tanzania podría implementar este tipo de horno a condición de recibir una ayuda de aquellas sociedades que guardan el recuerdo de cómo funcionan los hornos rurales pero que también conocen las nuevas técnicas. Y Tanzania podría equiparse de esos hornos si al mismo tiempo no paga su deuda. Se podrían multiplicar los ejemplos para justificar desde el punto de vista del interés global una transferencia constante, y de un siglo de duración, de tecnología y capitales del Norte al Sur.

Ahora, la cuestión muy justa que se ha planteado es si ello es suficiente. No lo es, no basta, y es fundamentalmente un problema del Sur el saber cómo utilizar esta ayuda técnica y financiera. En este aspecto, los militantes del Norte no tie-

nen absolutamente nada que decir: pueden ser solidarios de los movimientos populares del Sur y decir que si éstos ponen en marcha un modelo de desarrollo sustentable y socialmente justo, ellos podrán presionar a nuestros gobiernos para ayudarlos financiera y tecnológicamente. Pero no son los militantes obreros ni ecológicos del Norte quienes cambiarán las relaciones sociales del Sur.

¿Todo eso es compatible con la lógica del capital? Creo que ha sido subestimada la capacidad de los movimientos sociales de tener una gravitación importante sobre la lógica del capital.

Lamentablemente, la utopía revolucionaria se transformó en una especie de esquema estratégico en el cual mientras se esté en el capitalismo no se puede hacer nada: hay que hacer una revolución para que se abran todas las puertas. Sin embargo, estamos a 120 años de la comuna de París y podemos intentar hacer un balance. En primer lugar, una vez hecha la revolución las puertas no se abren. Lenin decía que no se podía meter el cadáver del capitalismo en un saco y tirarlo al mar. Estará ahí, descomponiéndose en medio de nosotros, corroyéndonos y contaminándonos. Sin embargo, la experiencia ha mostrado la enorme capacidad del capitalismo para corromper desde el interior, a pesar de todas las medidas de precaución que tomaron las sociedades denominadas de transición al socialismo.

Si se relee el Manifiesto del Partido Comunista, se constatará de que el proyecto del movimiento obrero de esa época, respecto de la transformación del capitalismo, es irrisorio frente a lo que concretamente éste ha realizado desde entonces. Las transformaciones al interior del capitalismo han sido más importantes que las diferencias entre socialismo y capitalismo.

Volvamos a la cuestión de la posibilidad macroeconómica de otro modelo de desarrollo centrado sobre la conquista del tiempo libre. Esta es una vieja historia que fue discutida sobre todo en la polémica entre Lenin y los populistas. Los populistas decían que el capitalismo no se podía desarrollar porque no había mercado interior en países subdesarrollados como Rusia. Pero Lenin decía que sí, que lo podía hacer por la exportación de capitales, por la acumulación de capital, pero coincidía con aquéllos en cuanto a que expandir el mercado interior no es posible porque habría que aumentar el poder de compra de los obreros y de los campesinos, y eso no ocurre en el caso del capitalismo, es contrario a su esencia.

Lamentablemente para Lenin, eso es exactamente lo que hacen todos los países capitalistas avanzados desde 1945. A este enfoque se le llamó fordismo -en relación a Henry Ford-, pero debe precisarse que quienes obligaron al capitalismo a materializarlo no eran genios capitalistas como Ford o Keynes,

sino fue la participación decisiva de las fuerzas de izquierda, de los sindicatos socialdemócratas, rosseveltianos o comunistas, en la lucha antifascista. Fue el precio que el capital no fascista debió pagar por la participación de la clase obrera en la lucha antifascista de esos países. Otra cosa es que después se haya constatado la semejanza de esta conquista con los postulados de Ford y Keynes, al afirmar que ello era macroeconómicamente viable para el capitalismo.

El capitalismo tendría que aprender también ahora que es compatible con él la reducción del tiempo de trabajo. Asimismo, durante mucho tiempo se creyó -y lo escribí en los años 70- que toda la historia del capitalismo consistía en desposeer al trabajador de su habilidad; era la historia que comenzaba con el artesano, continuaba con la cooperación simple a la que seguía la gran industria y culminaba con el taylorismo, donde finalmente la clase obrera no sabe nada y es el capitalismo quien domina todo el saber hacer.

La experiencia muestra que con el socialismo no se recomenzó por el lado del saber-hacer obrero. Y aquí la responsabilidad de Lenin ha sido aplastante: escogió explícitamente al taylorismo como instrumento para hacer que los campesinos rusos entrasen a las fábricas. Más todavía: cuando Lenin optó por ese modelo, decía que era la forma más rápida de enseñar a los campesinos a

ser obreros industriales. Y es, quizás, lo que se hace más rápidamente en este momento en el Tercer Mundo.

En la época de Stalin al taylorismo se lo convirtió en un instrumento de control social de la burocracia sobre la clase obrera. El estalinismo aplastó definitivamente todo lo que quedaba de anarco-sindicalismo en el movimiento obrero mundial. Fue la anulación definitiva de la vieja consigna del movimiento obrero: "controla la herramienta, controla la máquina". De alguna manera, es lo que está pasando en Japón, en Alemania y más débilmente en Corea. Y es que el capitalismo, por razones de resistencia obrera a la flexibilidad, está obligado a pasar por esta vía; por lo demás, después se da cuenta de que también es más rentable.

Esta posibilidad de materializar la implicación negociada existe también en el Tercer Mundo. No quisiera hacer ciencia-ficción. Pero me pregunto si no es el momento de volver a ciertos textos de Marx donde mencionaba una vía que va de la comunidad campesina al socialismo, sin pasar por el capitalismo. Esa vía es la de la cooperación, de la implementación, de la puesta en vigor de tecnologías antiguas, del desarrollo endógeno por las comunidades mismas de tecnologías apropiadas. No hay que hacer un nuevo mito, pero la vía del desarrollo endógeno con el apoyo del Norte sería una ayuda esencialmente diferente, basada mucho más en la rela-

ción de solidaridad con las Organizaciones No Gubernamentales; puede ser una vía muy poderosa de desarrollo para los países menos avanzados o para las zonas pobres de los países en situaciones intermedias.

Leonel Corona

Me concentraré en la problemática cultural. A la cultura nacional mexicana yo la llamaría de contención. Es decir, el Estado desarrolla una política para proteger a la cultura nacional, pero también la homogeniza. Trata de dar valores nacionales, de establecer ciertas composiciones medias a través de muchas instituciones, por ejemplo, de la forma de hacer vivienda: construye viviendas para una familia, cuando la cultura indígena mexicana consiste en formas multifamiliares o donde la relación de los abuelos con los nietos es muy importante.

El Estado moderno, aquél que se desarrolla desde los 40 hacia adelante, utiliza un esquema que va en contra de la cultura básica nacional. Y éste se va repitiendo: los medios de comunicación homogenizan una forma de cultura que en el caso mexicano, básicamente, dice: "No pienses, no actúes, porque nosotros podemos pensar y actuar mejor que tú". Este es el mensaje que permanentemente expresan los medios de comunicación. Y de alguna manera esto mismo sucede en todo el mundo.